EL SUEÑO

MARIA SOLEDAD BIRRELL RODRIGUEZ

Image not found.

Capítulo 1

EL SUEÑO

Dos grandes instalaciones escultóricas -que le evocaron al África profunda- vigilaban la entrada de la galería de arte.

Elisa había acudido a la inauguración sin su marido, quien se encontraba en uno de sus muchos viajes de trabajo. Se trataba de una muestra de escultura de una amiga muy querida y, sólo por esa razón, Elisa había hecho un esfuerzo por salir de su casa en la hora de tráfico y hacerse presente en el evento.

En paralelo a su resistencia a salir en horas de bullicio, estaba el asunto de la intervención bucal a la que se había sometido, que se había complicado y la tenía engullendo grandes cantidades de analgésicos para soportar lo que el doctor llamó *alveolo seco*. De eso hacía más de dos semanas. "Produce un dolor que es difícil de controlar. Uno puede tomar algo fuerte y a las dos horas el dolor reaparece" le había explicado el dentista mientras la examinaba en la consulta de emergencia a la que Elisa decidió acudir cuando ya no soportó más.

Calculando el tiempo que estaría fuera de su casa, Elisa ingirió dos veces la dosis indicada de *Tramal*. Estaba consciente de que le produciría efectos secundarios, como mareos y alteración del sentido de la realidad, pero era la única manera de aplacar el dolor y poder asistir a la inauguración.

El centro de eventos estaba lleno. Su mirada saltaba de persona a persona, gente vestida en forma despreocupadamente elegante, con una copa de espumante en una mano y la otra en movimiento, acompañando la animada conversación que se desarrollaba por todos lados. La idea de caminar en medio de una masa humana no le resultaba cómoda. Nunca había desarrollado la habilidad social de moverse con soltura. Lo suyo eran los grupos pequeños, ojalá de personas tranquilas con intereses definidos.

Aunque también estaba otra versión de sí misma, que cuando hacía acto de presencia en el ambiente adecuado, se entusiasmaba con facilidad y saltaba de una anécdota a otra, captando la atención de los que la escuchaban. No siempre sabía callar a tiempo y en muchas ocasiones, al final de la velada, se sentía exhausta y con la sensación de haber sido inadecuada y autorreferente.

Cuando su marido estaba presente, solía interrumpirla para hacerle preguntas a alguien más y así cambiar el curso de la conversación. Las preguntas que su marido formulaba siempre eran oportunas y reflejaban un conocimiento del otro que resultaba al menos asombroso. Exponía sus

comentarios en forma sintética, con maestría y sincero interés y luego, como en un acto de magia, los interlocutores se encontraban hablando de sí mismos, trasluciendo una agradable sensación de haber sido vistos y apreciados por otro.

Admiraba este don de su marido. A Elisa no dejaba de sorprenderla cómo estaba al corriente de detalles de la vida de perfectos desconocidos, con alguna figuración públicas sí, pero a los cuales no conocía en persona. Y todo para que en el momento adecuado les pudiera hacer la pregunta correcta en el momento justo.

Pero junto a la admiración surgían sentimientos de culpa. La acusación velada en las sucesivas interrupciones de su marido a lo largo de su vida juntos, le resonaban y coincidían con su imagen de sí. Reconocía su torpeza en su incapacidad de mantenerse en silencio. Con los años y con el temor al gesto severo de su marido en medio de un evento social, terminó por convencerse de que él tenía razón y hacía esfuerzos sobrehumanos por convertirse en un ser traslúcido y etéreo.

El haber venido sin su compañía la sorprendió con un espacio de libertad que estaba disfrutando profundamente. Estaba sola y en silencio, pero era un silencio abierto y relajado, sin tensiones ni culpas.

Levantó la vista para ver si encontraba a su amiga artista, así quizás le podría dar un abrazo de felicitación y compartir un rato para luego marcharse a su casa y dar por superado el incidente.

Su amiga estaba en el lugar, de eso no le cabía duda, pero por más que la buscó entre la gente, no la vio por ninguna parte.

Miró la segunda copa de espumante que acaba de vaciar y sintió un pequeño mareo que la hizo pensar en cuentos de García Márquez, donde todo es posible y nadie se espanta si alguien sale volando colgado de una sábana.

Tomó un plato de porcelana blanca de la torre que estaba disponible en la mesa y echó un rápido vistazo a lo que se ofrecía para comer. Se sirvió varias tajadas de jamón serrano, lo acompañó con papas a la crema y varios pedazos de queso suizo. Luego descubrió una ensalada de hojas verdes con almendras acarameladas y terminó de llenar su plato. Miró a su alrededor y vislumbró una mesita vacía con un par de sillas, en un rincón, como si alguien las hubiera puesto justo ahí para cuando ella levantara la vista las encontrara y se sintiera bienvenida. Le gustó ese pensamiento, porque ideas como ésta no solían venírsele a la cabeza con frecuencia.

Se aproximó y dejó el plato sobre la mesita en señal de *este espacio está ocupado* y volvió al mesón del buffet para buscar cubiertos, una servilleta

y otra copa de espumante. Encontró todo lo que necesitaba y se fue a sentar, dispuesta a disfrutar. Anticipó el placer que estos alimentos le producían, una felicidad extraña, como quien se pone en contacto con un mundo que le resulta familiar y acogedor, pero que permanece oculto tras una neblina que nunca parece disiparse. Como si estos sabores le hicieran un guiño para que ella se dejara llevar y soltara completamente el control de su vida aparentemente feliz y correcta.

Entonces escuchó una voz que la trajo de vuelta a la mesa y a su plato aún intacto. ¿Puedo acompañarte? No hay muchos lugares donde sentarse y a mí no me gusta comer de pie.

Levantó la vista y se encontró con un rostro que le resultó vagamente familiar.

Por supuesto, me encantaría tener compañía.

Me llamo Martín, encantado de conocerte. ¿Tú eres?

Soy Elisa, me da gusto conocerte también.

Lo sintió de inmediato. La señal de peligro. Y como si un gran agujero negro la hubiera succionado hacia su interior oscuro, se vio a sí misma disociada, partida en dos, en una discusión silente entre su yo casada y fiel que le decía que buscara una excusa rápida y abandonara el lugar para volver a la zona donde pertenecía (de alguna forma le resonó como *zona de guerra)* y la otra yo que se reía desde adentro, con una sonrisa fresca, libre y recién estrenada, que no decía nada, pero que se preparaba a vivir un momento inolvidable. A la primera la conocía de memoria, pero a la segunda no recordaba haberla visto recientemente.

El asunto es que fue Martín quien tomó la iniciativa e inició una conversación. Sin mediar preguntas generales e insípidas, le contó sobre cómo había abandonado una exitosa carrera en marketing para mudarse a un pequeño campo que había comprado cerca de la playa en la séptima región. Lo que más le gustó a Elisa fue dejarse llevar por la descripción de emociones pronunciada con la mayor naturalidad, dando pinceladas de color aquí y allá para decorar las palabras, y así sintió que se trasladaba al lugar y visualizaba a Martín la noche en que se fue a acampar al terreno, antes de comprarlo, y cómo se dispuso a escuchar lo que los bosques y una pequeña vertiente tenían para decirle.

Estoy convencido de que cada lugar tiene un destino propio y alguien señalado desde antiguo para llevar este propósito a cabo, dijo Martín como si la conversación sobre el destino de un pedazo de tierra fuera indiscutible. Y continuó, cuando se fuerza a la tierra a ser otra cosa, ésta se resiste, se reseca, los árboles dejan de dar frutos y tarde o temprano hay que abandonar el propósito forzado. Por otra parte, cuando se

produce el encuentro sincrónico entre la tierra y su destinatario, se materializa una energía imparable que encontró su cauce. No se tienen todos los elementos para tomar decisiones o más bien no tienen importancia, porque la determinación para seguir adelante con lo que sea toma una fuerza animal que se le mete a uno en la guata y no te suelta más. En lo que al humano se refiere no se sabe bien qué va a resultar, cuál es el propósito al que se siente llamado, solo se intuye. En cuanto a la tierra, vaya a saber uno, pero los aromas y los colores parecen despertar en una explosión que tiene todo el aspecto de una fiesta de bienvenida. ¿Te ha pasado esto alguna vez?

La miró profundo, disfrutando el gesto, eso sintió y vio y pensó Elisa, disfrutando y no haciéndole pelea a la curiosidad de llegar hasta el fondo. Elisa se encontró buscando la manera de permanecer abierta y transparente.

Qué pregunta más tonta, dijo Martín. Es cuestión de mirarte para saber que sí, que tú eres ese pedazo de tierra y a la vez esa mujer que sigue con determinación y locura el llamado de su corazón.

Elisa se sonrió y todos los músculos se relajaron y expandieron a un tiempo. Nunca nadie le había dicho algo tan precioso. La bruma que no terminaba de disiparse de su cabeza le daba a sus pensamientos un aura de magia. Comenzó a percibir un sentimiento completamente nuevo, una energía serena que fue invadiendo cada una de sus células y aunque supo de inmediato de qué se trataba, se tomó su tiempo para reconocerla y aceptar que le estaba ocurriendo a ella. Elisa identificó la sensación, registró la forma de mirar curiosa y sin intimidar, una confianza plena, y después de un rato de paladear la novedad, a toda esa experiencia la nombró sin temor a equivocarse como *amor*.

Su yo casada y fiel hizo una última arremetida y Elisa se tensó. Aquello no estaba bien, ella no debía permitir que otro hombre le hablara en términos tan íntimos y mucho menos debía caer en la tentación de dejar que estas palabras se metieran en su interior y resonaran profundas. Con el sólo hecho de enfrentarse a la advertencia se le hizo presente una realidad irrefutable, y mientras escuchaba la nueva música en su interior, supo que ya era tarde.

¿Volveremos a vernos? Dijo mirando a Martín directamente a los ojos.

¿Que si volveremos a vernos? Elisa preciosa, he esperado toda una vida para encontrarme con alguien como tú. Tendría que estar loco para dejarte ir. ¡Por supuesto que vamos a vernos!

Las sábanas de algodón blanco tienen esa textura que acoge, no completamente suave, sino con algo de tiesura que va crujiendo con cada movimiento del cuerpo hasta ceder completamente. El plumón es liviano,

pero con el peso necesario para que uno se confíe en su promesa de calor aún antes de cubrirse con él. Martín está a su lado, ambos desnudos. Sonríe y ella sonríe de vuelta. Entonces comienza a buscarla y Elisa recuerda la prisa con que debe responder al amor, a la única experiencia de amor que conoce. Intenta tomar la iniciativa, pero Martín la detiene con una combinación que imagina como de hombría y ternura. "Déjame a mí" le dice con un tono que le llega a Elisa como una ráfaga. Y comienza a recorrerla jugando, deteniéndose a mirar cómo reacciona, siempre con esa sonrisa. Elisa se resiste un poco; tiene temor o no sabe cómo dejarse ir, no conoce esos derroteros, pero Martín continúa, sin tomar en cuenta su vacilación, con la calma de quién no tiene apuro, alcanza a pensar Elisa, de quién tiene todo el tiempo del mundo y sólo una ocupación.

Pasa un rato sin tiempo. Y sin saber de dónde surge, Elisa comienza a sentir una sensación desconocida que va creciendo, que aumenta su intensidad y la hace estirarse y crecerse bajo el peso de Martín. Explota una gran burbuja imaginaria pero muy real que la remece, la levanta y luego la deja caer. Siente que algo en su interior se ha abierto, como un nudo que se desata, no sabe cómo ponerlo en palabras, pero al mismo tiempo que experimenta lo que ahora reconoce como su primer orgasmo, se desencadena un llanto viscoso que sube desde la parte baja de su vientre. Se le figura que acaba de dejar de ser virgen y no puede parar de llorar, pero no de pena, sino de alegría profunda, mientras que Martín le repite, "yo sé, yo sé" y parece entender lo que ni ella misma entiende ni sabe, pero se deja fundir en los brazos de Martín y ya no quiere salir nunca más de ese lugar cálido y seguro.

Elisa despierta en lo que enseguida reconoce como su cama. Descubre que afuera es noche cerrada porque las cortinas están descorridas y ve las luces de la calle. Está sola y se siente confundida. Cierra los ojos para desaparecer en los brazos de Martín, pero los ojos cerrados sólo le devuelven negrura y entonces vuelve a abrirlos y sonríe triste. Todo se trató de un sueño. Pero no es cualquier sueño, de éste puede recordar los detalles de la misma forma como recuerda episodios de la vida despierta.

Cierra nuevamente los ojos y emite una súplica interior para que vuelvan las imágenes. Y las imágenes vuelven dóciles y fluidas. Se ve en la inauguración de su amiga y luego en el momento en que conoce a Martín. Recuerda la comida y la mesa. Recuerda la calma y la fluidez de la charla. La conversación le resuena como palabras que bailan una danza indígena para luego detenerse y hacerse parte de las frases que Martín hila con sencillez, y que ella responde con libertad. Sonríe ante la seguidilla de adjetivos que utiliza para describir una conversación, como si estos adjetivos fueran igual o más importantes que las palabras a las que describen. Puede reconstruir cada momento. Eso no pasa en los sueños, piensa. Luego recuerda la cama blanca, que no es esta cama donde está ahora tendida. Es una cama distinta, pero no puede visualizar nada de la habitación que la contiene y tampoco el trayecto entre el lugar del evento

y esa habitación. Sólo recuerda el momento y la sensación de hacer el amor con Martín.

Aún se siente mareada. Tiene conciencia de haber tomado una dosis alta de analgésicos, de ése que la hace sentirse drogada. Puede sentir la presencia de Martín en todo su cuerpo, es una sensación de plenitud. Vagamente recuerda algo de la despedida, como una promesa abierta. Cree que le puso su teléfono y un mail en el bolsillo de su abrigo, pero no puede reconstruir la secuencia de pasos de cómo volvió a su casa.

Justo cuando se levanta para tomar el abrigo y revisar los bolsillos, suena el celular. Es su amiga, ¿Viniste ayer? No te vi, igual había mucha gente, estuvo muy entretenido y había la comida que te gusta tanto, pero entiendo que estés ocupada y además por la hora…

Ya es de día.

Elisa cavila un segundo si rebatir a su amiga, decirle que sí fue, que estuvo allí pero que no la encontró, y que comió con Martín -que seguro es un amigo de ella-, por algo estaba allí. Pero entonces se detiene y se da cuenta que tendrá que darle explicaciones, tendrá que justificarse frente a otro en condiciones en que aún no ha tenido tiempo de hacerlo frente a sí misma, hacerse cargo de todo el episodio y sus consecuencias. Ni siquiera ha podido determinar su grado de realidad. Porque ahora parece posible que se haya tratado de un sueño lúcido y nada más, un sueño producto de una sensación de soledad contenida combinada con una dosis alta de medicación. Es posible que nunca llegó a ir al evento de arte de su amiga. Se acostó en su cama y soñó. Y como es de esperar cuando las cosas son complicadas, no hay nadie que pueda corroborarle si estuvo en su casa o no, porque su marido no está y sus hijos están estudiando fuera del país por ese semestre.

Lo siento, de verdad lo siento, intenté ir, pero ya te había dicho lo de mi muela. Me ha tenido vuelta loca con un dolor insoportable. Discúlpame, iré a ver tu exposición en cuanto me sienta mejor.

La amiga se despide asegurándole que no hay problema, que ella la entiende totalmente y que la llamará mañana para saber cómo sigue.

Se sienta a la orilla de la cama con los pies colgando. Entonces no sabe si verdaderamente duda o decide seguir esta línea de acontecimientos que la vida le presenta cómplice. Cree que le acaba de mentir a su amiga, porque ella tiene certeza de haberse vestido y de haber tomado la medicación para poder asistir a la inauguración. El vestido sobre la silla demuestra que sí lo tuvo puesto o al menos estuvo en su intención vestirse con él. Junto al vestido está el abrigo. De pronto todo se vuelve fácil, es cuestión de meter la mano en el bolsillo y comprobar si hay algún teléfono o mail con el nombre de Martín y entonces todo se aclarará. Es

un gesto mínimo, meter la mano en el bolsillo del abrigo. Camina hacia la silla y la desliza al interior de éste. Reconoce un pañuelo desechable doblado y algunos papeles. Se detiene. Todo se puede volver muy complicado. Si el bolsillo contiene un papel con el nombre de Martín o con un teléfono o un mail, tendrá que tomar una decisión, tendrá que sincerarse con su marido y confesarle lo que pasó y luego posiblemente irse de la casa y terminar con el matrimonio, porque ella se considera una persona leal y no está dispuesta a mantener una aventura. Y, así las cosas, aún no ha tenido tiempo para pensar en nada, todo ha sido muy inesperado, muy repentino. Detiene el gesto y la mano regresa a la claridad de la habitación vacía.

Esto tiene que haber sido un sueño, uno muy lúcido y real, pero un sueño, se dice mientras se mete a la ducha. No es posible que no recuerde nada de cómo llegué aquí o cómo me fui del lugar del evento a la casa de Martín. A decir verdad, tampoco recuerda cómo se fue al centro de eventos desde su casa. Sufre una suerte de amnesia selectiva en lo que se refiere a los trayectos involucrados entre un acontecimiento y otro y le parece demasiado conveniente que así sea para ser verdad. Ha escuchado de reacciones similares a medicamentos inductores del sueño: algunas personas olvidan todo lo que han hecho mientras están bajo sus efectos.

Sale del baño envuelta en una bata. Se vuelve a meter en la cama y se tapa para mantener el calor que le ha regalado el agua caliente. Es medio día. Prende el televisor y busca alguna película. Nunca ha hecho algo así, quedarse en la cama toda la mañana, perdiendo el tiempo, viendo una película. Encuentra una sobre unos hombres con poderes especiales y se queda mirando casi atravesando la pantalla, sin prestar demasiada atención al argumento, hasta que uno de los personajes capta su atención. Entonces se da cuenta, Martín se parece muchísimo a ese actor famoso que ahora está saltando y matando gente a diestra y siniestra en su televisor. Se ríe. Soñó con un actor famoso que le hacía el amor en forma dulce y apasionada, eso es todo, fue un sueño.

Pero no es todo, no puede quitárselo de la cabeza. La explicación no le alcanza para olvidar el asunto y seguir con su día. La piel le reclama consistencia, la insta a validar lo que a todas luces parece un hecho irrefutable. Aún siente la presencia del ahora actor famoso sobre ella, a su lado, en su conciencia, en su inconciencia.

Recuerda que su amiga psicóloga interpreta sueños y busca su contacto para llamarla.

Después de narrarle con detalle el sueño y las sensaciones, dejando salir un torbellino de palabras que se atragantan para ganar protagonismo y ser la que mejor describa algo que no puede ser puesto en palabras y mantener la integridad, insistiendo en detalles, yendo al principio y formulando preguntas para darle cabida a las respuestas. Después de un

monólogo cercano a una alucinación, Elisa se detiene y espera las palabras de su amiga.

Qué maravilla lo que te pasó. Te felicito. Es fabuloso. No te preocupes, no es nada erótico, es lo que Jung llama el *matrimonio sagrado.* Es difícil darte una explicación simple, pero es la culminación de tu proceso de individuación. Tu parte masculina y tu parte femenina al fin han llegado a la fusión necesaria para el bienestar. Te felicito, es precioso. Por lo que dices, tu parte masculina es comprensiva y tierna, es contenedora. Ya no tendrás que temerle más. Es confiable y muy atractiva.

La conversación continúa por un buen rato más y cuando cuelga, Elisa siente una pequeña punzada en las tripas que le recuerda la decepción que sentía cuando siendo pequeña no le creían sus encuentros con seres de otras dimensiones. Entonces dejó de creer que ellos habitaban su mismo espacio y al unísono ellos dejaron de visitarla.

Visualiza una encrucijada. Quizás sea la lógica que aplica a este tipo de eventos. Si te los crees te siguen pasando, si no, desaparecen.

Un sonido como de campanilla, ¿Campanita?, la trae de vuelta a la cama algo humedecida por las toallas y el vapor. Dirige su mirada al celular con la secreta esperanza de que todo se resuelva en ese momento y ella no tenga que tomar ninguna decisión. Esta envalentonada, se siente audaz. Si aparece un mensaje de Martín en la pantalla, cree casi con total seguridad que lo va a leer y desde ahí se va a dejar llevar por los acontecimientos, por el guiño del amor que le hace gestos desde una esquina.

Toma el celular y cierra los ojos, demorando el desenlace, eternizando el momento, disfrutando y sufriendo las miles de mariposas que aletean en su estómago, bailando con la cabeza al ritmo de su corazón que casi se le sale por la boca.

Otra campanilla.

Entonces abre los ojos y mira. Primero lee las palabras, rehuyendo identificar al remitente. Pero las palabras son elocuentes y dejan traslucir la boca y el gesto de quien las pronunció mientras las escribía.

¿Me puedes recoger en el aeropuerto a las cuatro? Espero que estés bien. Un beso.

Son las tres de la tarde. Siente vergüenza por haber pasado toda la mañana echada en la cama sin vestirse. Piensa en la persona del aseo que aún no puede terminar sus labores debido a su flojera. Se deja remecer por la urgencia de alcanzar a secarse el pelo y maquillarse y salir disparada al aeropuerto, porque a su marido no le gusta que lo deje

esperando.

Se viste a la carrera, pone la cabeza hacia abajo y deja que el secador le regale algo de volumen a su pelo. Dibuja una línea gris marengo en la parte inferior del ojo y se da un toque de color en los labios y en las mejillas. Toma el bolso y cuando va a recoger el abrigo que permanece doblado sobre la silla, se detiene. Con su movimiento se detiene también el acto automático que se desató al leer el mensaje de su marido.

No tiene tiempo para esto, debe llegar al aeropuerto y decidir si hurga o no en el bolsillo del abrigo es un acto de trascendencia vital, un acto decidor, sin vuelta atrás. Sea cual sea el resultado de semejante búsqueda, ya no tiene la tranquilidad que se necesita para realizarlo con la delicadeza y la ritualidad que se requiere. La tranquilidad se esfumó y sólo la habita la urgencia.

Toma el abrigo y lo cuelga en el armario. Se dice que pensará en el asunto cuando este dolor de muelas la deje tranquila y no tenga que seguir tomando tantos analgésicos que la mantienen en un estado de irrealidad.

Mientras abre la puerta de calle y corre hacia el auto, cree escuchar una risa triste que viene desde su interior y que identifica -sin lugar a duda- como el eco de esa otra que se sumerge a grandes zancadas en un mundo profundo, y justo cuando ella cierra la puerta de su casa, escucha que en su interior se cierra una puerta lejana.

FIN